

ALEJANDRO MARCOS ORTEGA

LA HORA
DE LAS MOSCAS

PLAZA  JANÉS

PRELUDIO

Sombra de mil dedos

Una grieta

3 de julio

Llegó la muerte.

Bernarda fue la primera en notarlo.

Al no tener corazón, sintió un soplido en el pecho que fue lo mismo que el aire que pasa entre los dientes caídos de las viejas. Como un silbido. Igual que siempre. Igual que hace doscientos años.

Curva de Arla era un pueblo grande para Castilla, pequeño para el resto del mundo. Sus casas se apiñaban en un recodo del río, como abandonadas por un mal viento contra una esquina. Curva de Arla se había expandido después de la guerra y, como un animal que exhala por última vez, después se había desinflado de nuevo hasta convertirse en un cementerio de adobe y ladrillo en el que se mezclaban las granjas, los agricultores de cereales, los bares de los setenta y las tiendas vacías. Calles asoportaladas, dos colegios viejos y un centro de salud.

Bernarda sintió la muerte, igual que sentía la de todos los curveros, y se llegó hasta el huerto caminando deprisa y rumiando una angustia que, al no poder depositar en el hueco del corazón, daba vueltas en la boca como a un garbanzo duro.

Si alguien la hubiera visto cruzar el pueblo, no habrían visto más que una viuda envuelta en un pañuelo negro. Nadie habría sabido decir la edad que aparentaba y, mucho menos, acertar con la edad que tenía en realidad. Pero nadie podía verla. Era 3 de julio y el pueblo empezaba a llenarse con los veraneantes que venían a dejar a sus hijos con los abuelos. Comenzaba un largo verano amarillo de Castilla, lleno de tardes de chicharras y vientos de polvo.

Había muerto un Medina, uno de los viejos, de los importantes. Los Medina y los Ramos portaban casi siempre la sangre más poderosa. También los Castro y los Castillo, pero solo porque se habían mezclado con los anteriores. Nunca le venía bien al pueblo que muriera uno de ellos. Bernarda se temió lo peor.

Esperó unos segundos en la puerta de la sebe. Desde las huertas se escuchaba el río, y Bernarda intentó que su sonido significara algo, que le diera una pista. Pero el Arla no le había hablado en toda su existencia ni iba a hacerlo aquella tarde.

El río rodeaba el pueblo a veces como un brazo protector y otras como una víbora que mide su presa. Y el rumor del agua nunca decía cuándo era uno y cuándo el otro. El Arla jugaba a que los curveros se acostumbrasen a su sonido, como un murmullo bajo y sordo —un ruido blanco—, que no decía nada, pero que iba tallando la ribera y también la forma de ser de las gentes.

Bernarda entró en la huerta, desde donde ya no se escuchaba nada. No había apenas más que hierba y los arbustos que rodeaban el terreno. A lo único a lo que se iba la vista era a las dos encinas. Una más joven que otra. Una de más de cien años, plantada por ella misma, y otra tan antigua como el mismo río. Bernarda se acercó a la segunda y se arrodilló frente a ella. No para rezarle, sino para tocar sus raíces.

Fue entonces cuando vio la grieta; partía de una de sus ramas y llegaba hasta el corazón del tronco. La corteza estaba

astillada y, como una premonición, dibujaba un relámpago negro que llegaba hasta un hueco en forma de rosco. El hueco brillaba con tonos morados y luces negras. Bernarda sabía lo que significaba aquello. Había comenzado El paso.

Se puso en pie y se apartó un poco. La sangre del Medina era poderosa, no valdría con esperar a que naciera un nuevo curvero como otras veces. Ella era la guardiana y como tal debía intervenir. Alzó las manos y dirigió las palmas hacia la encina. Las luces se calmaron, pero la grieta no se cerró. Bernarda notaba que algo empujaba por detrás de la madera, algo oscuro que quería meter sus miles de dedos y abrir más aún la grieta. Algo que no podía contener sin sangre nueva. Bajó los brazos y las palpitaciones de luz volvieron al hueco de la encina.

De aquel hueco surgieron entonces unos hilos finos de niebla. La guardiana dio un paso atrás. Aquellos hilos se condensaron en volutas de humo y poco a poco adquirieron la consistencia de siete figuras.

Siete pesares de Curva de Arla.

Aquellas volutas de humo fueron tomando forma más definida: Bernarda pudo ver una niña quemada, un hombre cuya cabeza estaba cubierta de fango, dos hermanos con la cabeza abierta, una muchacha apuñalada en el vientre, un joven con la cabeza reventada por un disparo y un labriego con la mano y el antebrazo aplastados. Los siete formaron en fila delante de la encina. Siete. Aquello era grave.

Luego hubo un destello que venía de la grieta, no del hueco. Bernarda cerró los ojos y, cuando los abrió, en lugar del hombre con la mano aplastada, vio la figura de su marido, Daniel Ramos. Era el único de los siete que la miraba. Luego se produjo otro destello y las figuras desaparecieron.

Bernarda las notó marcharse por el pueblo y colocarse sobre seis curveros, a sus espaldas; vio cómo les respiraban en la nuca y les ponían las manos en la frente. Sabía quiénes eran,

pues los seis tenían sangre poderosa. La encina dejó de palpar y la corteza crujió, descansando. Todo quedó en calma.

Nunca habían conseguido pasar siete pesares. Bernarda puso una mano sobre la encina y supo que aquello que empujaba había dejado de hacerlo. La sombra se había calmado, por ahora, pero no le quedaba mucho tiempo.

Tocó la grieta en el árbol y tuvo una premonición traída por el viento, como la que había tenido al despertar como guardiana. No era buena señal. Vio lo que iba a suceder. Vio el entierro del día siguiente, bajo la tormenta, con todos los vecinos cantando el *dies irae* a la vez, como en cada entierro, sintió la excitación de los curveros al cantar y la vibración del sonido grave y lento en su pecho, escuchó la melodía, hija bastarda de la original, más lenta, con la letra mal cantada, y vio pasar el cortejo y llegar hasta la puerta de la iglesia. Se vio a sí misma buscando a los seis visitados.

La visión se aceleró. Vio, días después, una cama donde descansaba un muerto a la hora de la siesta, también la navaja de Daniel clavarse en el cuerpo de un muchacho, su propio esqueleto tendido bajo la encina, una mujer ahogando a una niña en un pantano; vio otra tormenta, el fuego sobre la encina, más muertes, consecuencia de estas primeras.

Supo que aquellas muertes primeras ya habían echado a andar, que no podía evitarlas. Vio que en cinco días la puerta se abriría y aquella sombra de mil dedos se extendería sobre Curva de Arla y mancharía los corazones de los curveros con sus dedos de humo. Pero también vio que esas segundas muertes aún no estaban escritas.

Separó la mano del árbol. Con un reflejo de su vida anterior, respiró agitada.

Nunca habían cruzado tantos pesares, nunca Daniel.

La imagen de su propio esqueleto desmadejado, justo bajo esa misma encina, no dejaba lugar a dudas. Sus días estaban ya contados. Era imperativo que buscara un remplazo, otro guar-

dián. Las reglas parecían haber cambiado. Daniel no era un pesar, no había muerto de forma violenta. Posó la mano con suavidad sobre el hueco del pecho en el que debía de estar su corazón.

Aquello no estaba bien. Tenía que parar las muertes y solo contaba con cinco días para hacerlo. Las muertes que vendrán. Otra vez.

Los seis que estaban siendo visitados debían quedarse en Curva hasta que naciera alguien portador de la sangre. Y debían mantenerse con vida. Miró al cielo.

Uno de ellos, probablemente, tendría que convertirse en el nuevo guardián. Varias de las muertes que había visto estaban relacionadas con los seis a los que los pesares habían elegido. Las visiones no eran del todo claras, había que actuar con precaución.

La imagen de su cuerpo desmadejado y consumido por el tiempo bajo la encina volvió a su cabeza. Se sacudió la visión. Tenía que permanecer entera.

Si no hacían nada para evitarlo, en cinco días, la puerta se abriría y la sombra devoraría el pueblo y a todos sus habitantes.

Presintió que ya había comenzado todo, que debía darse prisa.

Suspiró y volvió a colocarse la mano en el pecho.

Cerca de allí, una bandada de vencejos levantó el vuelo, huyendo de Curva, quizá tan asustados como Bernarda.

Cerró los ojos.

Uno de los seis ya estaba soñando con su pesar.